

—No es nada.... (exclamó Noris). El amor es como las muelas, que duelen para salir y para arrancarlas. ¡Dejadme sola, hija mía!

El día siguiente, después de una noche pasada con el sangriento recuerdo de sus ilusiones muertas, Noris se levantó con un profundo disgusto de la vida, y preguntó si no le habían llevado ninguna carta.... La carta estaba allí. Se precipitó sobre ella, consultando la letra, y conoció que no era de él. Era de René Beaumartel de Chantenay, que, no recibiendo contestación, escribió de nuevo, pidiendo, como Ferdys el día anterior, una entrevista.

Entonces Noris, semidesnuda aún y febrilmente, se acercó á su escritorio, y con rapidez y temblorosa mano, escribió:

*«Ayer he aborrecido más que nunca al hombre que me mintió para perderme. Por última vez pronuncié vuestro nombre delante de una mujer que os ama hoy todavía, pero que mañana os despedirá, y delante de un hombre que, de querer yo, hubiera convertido en esposa suya á vuestro antigua querida. Ahora, seguid vuestro camino, y dejadme libre y sola. Lo más que puedo hacer por el príncipe Beaumartel de Chantenay, es creer que ha muerto envuelto en mi desprecio.»*

Y firmó con el nombre novelesco, romántico, detestado, que su padre le había impuesto, que los revisteros traían y llevaban en sus artículos, y que nunca le había dado Raimundo:

NORIS.

## XII.

Un día de Mayo, frío como uno de otoño, obscuro y triste, daba al jardín de la calle Jouffroy un aspecto desolado y frío.

Noris ha querido que se encendiese fuego aquella mañana en la pequeña biblioteca, donde acostumbra á estar en el hotel, cada vez más solitario. En el jardín, el viento destruye, hace caer como copos de nieve las blancas flores del castaño, y silba entre las ramas una brisa lúgubre de las que encaminan el pensamiento de los dichosos hacia los marinos que navegan.

Hace un año, cerca de un año, que Ferdys ha marchado, y no le ha escrito nunca desde aquella tarde de Junio, en que, en el dintel de la puerta, arrojó aquel último grito, desolado como un sollozo: «¿Se olvida acaso?»

Y desde hace un año, Noris ha arrastrado la vida que se ha creado, monótona y triste bajo

su apariencia de lujo, conventual, solitaria, y el silencio del hotelito es como una angustia de celda. Ella lo quiere así; ha escogido aquella existencia. No tiene ningún pesar por haber dicho á Raimundo que huyese de ella, pues no podía ser su esposa. Una vida terminada, no vuelve á comenzar. El destino de todo ser caído es arrastrar hasta la muerte el peso de su primera falta y la llaga de su primera caída. No lamenta el haber tenido aquella orgullosa honradez de arrojar á René y de perder al mismo tiempo el amor de Ferdys. No siente nada más que su juventud perdida, y aquel primer amor que había hecho de ella, para siempre, una abandonada, una perdida. Ella querría solamente que Raimundo no la olvidase, y que agradeciese á la pobre muchacha haber tenido valor de calumniarse ante él para desprenderse de él. ¿La ha olvidado?

¿Se olvida acaso?

Se olvida todo en la vaguedad de los días sucediendo á los días, y las horas á las horas. Y Noris permanece allí inclinada sobre aquel fuego que resplandece en la atmósfera húmeda de un sombrío día de primavera, entrando por la ventana abierta. Es en él en quien piensa cuando piensa, porque en el desequilibrio moral de todo su ser, no tiene siempre ni aun fuerza para pensar. Se deja vivir, sabiendo lo que hay al fin de esta vida, y encontrando solamente el camino largo. Mira en la pared el dulce sonreír de su padre, el vencido. Ella y él han sido duramente despreciados y azotados por la suerte.

Pero, ¿de qué puede quejarse? Es generalmente envidiada, y la amistad del pobre Gran Duque, á

quien ella trata como él debe tratar á sus cherkess y á sus cosacos, es siempre fiel, y con un carácter vigilante y casi paternal. ¿Quién sabe? Acaso acabe Noris por pedirle que la lleve al interior de algún gobierno del Asia, en el fin del mundo. Esclavitud por esclavitud, tanto vale arrastrar su dolor por un verdadero desierto, como por la soledad que se crea en París.

Los criados del hotel juzgan á la *señora* algo extravagante y «tocada», pero muy buena, y le prodigan tiernos cuidados, como á un niño enfermo. ¡No se parece á *las demás!*

Noris se consagra cada día más á sus recuerdos. La enamorada del príncipe azul ha caído desde muy alto para no haber padecido mucho en su caída, y lamenta á veces el haber sobrevivido á su prueba. Puesto que en la nueva vida elegida por ella para desquite no ha querido vengarse, ¿por qué no haber muerto? ¡Qué profundo goce el haber perecido en casa de René, y descansar, cubierta de flores, en algún rincón de tierra, ó ser casada honradamente, y feliz, como la aldeana de Suresnes, cuyo recuerdo no la abandonaba desde hace un año!

¡Susana Lestrade!

Á veces quiere Noris fustigar irónicamente aquel recuerdo.

—¡Bah! Ahora tendrá un hijo, y cuando el marido entre en casa, oscilando, por llegar de la taberna, la golpeará. Pero, ¿por qué ha de ser un tunante aquel buen muchacho? ¿Por qué no ha de ser Susana feliz? Sí lo será, teniendo sobre su seno un pequeño ser que busque en ella el alimento de la vida.... ¡Qué felices son las madres!....

Otras veces recuerda los cabellos rubios y la charla de Charley.

Vestida de luto, y mirando consumirse las brasas, está sola, como en aquel día de Febrero en que aguardaba en el cuarto del hotel la sentencia de su padre; pero ahora no espera nada. La sentencia está dictada, y no espera nada del día de mañana. ¡A los veinticuatro años!

De repente, levantó la cabeza.

Han llamado á la puerta de la biblioteca. Noris no aguarda á nadie, pues el Gran Duque está en Londres, y no debe regresar hasta dentro de algunos días.

Es un criado que le presenta en una bandeja los periódicos del día y una carta. Noris se pone encendida. La carta lleva el sello de Brest, y su letra le es conocida: es de Ferdys.

¡No la olvida!....

¿Se olvida acaso?

Preparándose á saborear una inmensa alegría inesperada y consoladora, Noris se acerca al fuego, y mira la carta, temerosa de romper el sobre, y leyéndolo y releuyéndolo: *Señorita Susana Feraud, calle Jouffroy...., París.*

Para Ferdys, sólo para él, es siempre *Susana*.

Y rompe el sobre para buscar la carta que le escribe.... Le creía muy lejos, y está en Brest.... Acaso vuelva á París.... ¡No! ¡no! ¡que no vuelva!

Pero, ¿y si volviera?....

Noris palidece. Bajo el sobre de la carta no hay más que un ramito de violetas secas, las violetas de Versalles, descoloridas y aplastadas; las pobres violetas de su paseo de enamorados, en que le dijo:

—¡Cuando dejéis de amarme, devolvedme estas flores!

¡Y se las devolvía brutalmente, sin decir una sola palabra!

¿Qué le impulsaba, después de un año, á reapercecer así en la existencia de Noris, para arrojarle desde lejos el pasado, sin una frase, sin una explicación, sin nada?

¿Por qué hoy y no ayer? ¿Por qué ahora? ¿Por qué no el día siguiente de haberle ella despedido rehusando ser su mujer?

Una repentina angustia oprimió el corazón á Noris. Se dijo que podía haberle ocurrido alguna desgracia á Ferdys, y que aquel soldado que hablabla de morir, acaso al verse moribundo había pensado en ella por última vez.

¿Ferdys muerto?

Un frío glacial recorrió su cuerpo.

Se arrojó maquinalmente sobre los periódicos para saber,—no se explicaba el qué,—interrogando, como lo había hecho una tarde, cuando buscaba el nombre insultado de su padre, aquellas columnas de *Noticias Extranjeras, Colonias, Tonkin.*

Leyó un momento, y arrojó un grito, y se echó á reír con una risa forzada; bajó lentamente los brazos, que cayeron á lo largo de su cuerpo, escuchándose el papel.

He aquí lo que había leído Noris en una crónica de Gardanne, titulada *Los dos primos*, é impresa á la cabeza del *Parisiense de París*:

« Mayo 26.

» ¡ Ya están casados! Casados con quince días de diferencia los dos *galantuomi*, que tanto han dado que hablar, uno en París y otro en Hanoi. Tras del Príncipe, el Marqués. Lo más escogido de París, la *crème* de la *crème*, se apiñaba hace pocos días en el *boulevard* Haussmann, en los salones del señor Ahrenfeld, banquero muy conocido, donde se firmaban los esponsales de René Beaumartel de Chantenay con la señorita Rebeca Ahrenfeld, que colocaba una corona de Princesa sobre sus millones. Ayer, en Brest, era toda la nobleza del Finistère y todos los marinos que hay en la calle de Siam, en el arsenal, los que asistían al matrimonio del teniente Raimundo de Ferdys, de vuelta de Annam, con la hija del señor de Ploël: la señorita Ploël no es rica; es la hija única del contraalmirante Ploël, que ha colocado tan alto nuestro pabellón en los mares del Norte, y de quien no ha dependido que hace trece años las aguas del Báltico no nos fuesen más favorables que la tierra de Francia. El Contraalmirante murió el año pasado muy pobre. Con un solo rasgo puede juzgarse á su mujer, la condesa de Ploël.

» Durante la guerra de Crimea, el señor de Ploël se halló un momento, por una reunión de circunstancias, obligado á tomar el mando de los buques ingleses y franceses que se dirigían hacia Bomarsund. Una vez muerto el señor de Ploël, Inglaterra, acordándose de que aquel francés había mandado, aunque sólo fuera una semana, á sus soldados, hizo

ofrecer á la señora condesa de Ploël la pensión que la Gran Bretaña concede á las viudas de los almirantes. La señora de Ploël respondió que el señor Ploël había sido almirante francés y no inglés, y rehusó la pensión. Tal es la familia en la que entra el teniente Ferdys, quien promete también, y lo prueban sus hechos de armas recientes, ser un marino glorioso para su país. Esto es, el honor joven uniéndose al antiguo.

» Por otra parte, la señorita de Ploël es encantadora. No ha habido que poner, como para los regalos hechos á la señorita Ahrenfeld, dos guardias de la paz designados expresamente para estar en el salón de los esponsales, en torno de los diamantes,—lo que era muy honorable para el valor de los regalos expuestos, y poco lisonjero para los invitados;—pero los jóvenes esposos estaban rodeados por una simpatía, que yo diría respeto universal. El contraalmirante de Ploël, que era bretonés, se hizo muy popular en el antiguo puerto militar, y el teniente Ferdys es muy apreciado allí, en el almirantazgo y en la sociedad.

» Se ha sentido mucho la ausencia de la princesa viuda de Chantenay, á la que su estado de salud, siempre deplorable, ha retenido en su hotel de la avenida Van-Dyck. Pero ha debido ser tan dichosa con este modesto matrimonio contraído por su sobrino, como por la soberbia unión de su hijo con la alta banca alemana. El viejo marqués de Ferdys, siempre guapo á despecho de sus cabellos blancos, decía radiante de alegría: «Yo cambio de empleo: tomo el de *abuelo*.»

» Muchos oficiales de marina, el almirante Pradier del Resnel, los comandantes de buques en la

rada de Brest, los comisarios de marina, el duque de Marsan, la baronesa Niemann, de paso por Bretaña. El príncipe de Chantenay Beaumartel estaba ausente. Se sabe que el elegante *clubman* viaja por las orillas del Danubio con su joven esposa. El rey de la moda no estará en París para el gran premio de 1883. Es poco probable que el príncipe y la princesa de Chantenay visiten en Hungría á la bella Condesa que fué una de las seducciones de París, á la exquisita austriaca, rubia, que lleva uno de los grandes nombres de Francia, Montepreux; y que, estrella desaparecida del cielo parisiense, vive sola en los contornos de Presbourg, dedicada á su hijo, en un castillo perteneciente á su familia.

»¿Por qué la figura elegante del príncipe de Chantenay se nos aparece al lado del rostro varonil del teniente Raimundo de Ferdys? He aquí dos hombres dichosos, uno por la fortuna y otro por el amor.

»Saludamos á la vez los millones de la princesa de Chantenay y la corona de la joven marquesa de Ferdys.

»L. GARDANNE.»

Noris recogió el periódico, lo leyó y relejó, herida en el alma por cada detalle, y quedó pensativa.

Todo había concluído. Su vida se había cerrado. La vaga y furtiva esperanza que la quedaba en el trágico cumplimiento de su deber, se había desvanecido. Ya no tenía nada que esperar. Nada. ¿Pero esperaba alguna cosa?

No. Pagaba con toda su existencia la novela en que ella había creído en otro tiempo.

El ideal suyo era como el viento que pasaba por el jardín, azotando los árboles, arrancando las flores y arrojándolas al barro de los paseos. La realidad era esta: René desposándose con las riquezas, Raimundo desposándose con el honor.

Raimundo había hecho bien. Una joven honrada, de heroica raza y pobre, era la prometida que le hacía falta. Ésta no era Noris. Raimundo había hecho bien.

Susana le agradecía que no hubiese olvidado á la pobre Noris en medio de aquella alegría. Había pensado en ella, para devolverle las reliquias de otros tiempos; pero había pensado. Le había enviado las violetas encerradas en un sobre como en un sudario; pero mientras él las tuvo, había recordado, como ella veía y recordaba aún, aquel hermoso día de Mayo alumbrado por el sol, en que se habían cambiado las flores en Versalles. Y después todavía había escrito su nombre, ¡aún la llamaba Susana!

Ahora nadie la llamaría más que Noris.

Después se levantó lentamente, y fué á un *secrétaire* á buscar en un tarjetero un ramo de flores secas, dirigiendo al pasar una mirada impregnada de lágrimas al retrato del viejo Feraud. Tomó las violetas pálidas, sin perfume, hermanas de las que Raimundo le enviaba, y besando por última vez unas y otras (las que ella conservaba y las que él entregaba al olvido), las arrojó todas al fuego, que las devoró gozoso de hacer cenizas lo que había sido del amor.

Y de pie, con su traje negro, luto de todas sus

BIBLIOTECA  
ALFONSO  
1025 MONTERREY, MEXICO

ilusiones, Noris miraba arder, retorciéndose, las violetas del año anterior. ¡Un año! ¡Un siglo! Una lágrima se deslizó por sus mejillas, pálidas como el mármol; una lágrima que, sin extinguirlo, cayó sobre el fuego, cuyo humo llevaba el mismo camino que el pobre ramo de violetas.

Ahora es cuando la hija de Feraud podía repetir su divisa:

«*Yo me sobrevivo!*»

Sin moverse, sin pensar, Noris permanecía contemplando el hogar, los carbones, las cenizas, hasta que llamaron á la puerta.

No había oído el rodar de un coche que paraba delante de su hotel.

Cuando oyó ruido, levantó la cabeza, separando con la mano los cabellos de la frente, saliendo como de un sueño.

—¿Quién es?

El criado apareció en el salón, saludando profundamente:

—Señora, es Su Alteza.

¿Qué Alteza? ¿De quién hablaba? ¿Una Alteza?

—¡Ah, el Gran Duque!....

Y dijo en voz alta:

—¡Yo le creía en Londres!

El criado estaba en el dintel, esperando las órdenes en una actitud correcta.

Entonces, en su aislamiento de mujer perdida, rodeada de los fantasmas, de los seres dichosos que llevaban á través del mundo un girón suyo, de sus esperanzas y de su fe; abandonada, condenada, no teniendo más afecto que la amistad habitual de aquel gran señor al que no amaba, pero

que la compadecía y respetaba, no sintió rebeldía alguna; lanzó al azar todo lo que le quedaba de una juventud sin alegría, y resignada, entristecida, muerta en vida, Noris miró un momento al criado, y con la voz apagada, fatigosa y lastimada:

—¡Pues bien, que pase!—exclamó.

FIN.

